

Horizonte de la Vida Religiosa

Pedro Trigo

El horizonte no es donde se está, pero tampoco una mera declaración de principios. El horizonte es adonde realmente se tiende, aunque uno no acabe de llegar del todo. Pero, aunque no llegue a alcanzarse, se vive dentro de él, en tensión dinámica para alcanzarlo. De este modo el horizonte da sentido a la vida.

Al referirme al horizonte de la vida religiosa, me refiero, como religioso que soy, a un horizonte personal, no en el sentido de individual sino en el de que yo también lo comparto. Aunque, claro está, que la expresión y los énfasis, al ser míos, incluyen no sólo el horizonte sino la perspectiva desde la que se lo visualiza, que necesariamente lo particulariza de algún modo y aun lo recorta. Pero, si se tiene esto en cuenta, sí espero que se perciba el horizonte real. Este es al menos el objetivo de estas páginas sencillas.

1. UNA VOCACION EN LA IGLESIA

Todo cristiano es un consagrado a Dios y un seguidor de Jesús. Estamos consagrados, no por una decisión nuestra sino por la entrega efectiva que Dios nos hace de su Espíritu Santo. Nuestra entrega a él es así correspondencia. De igual modo seguir a Jesús no es una decisión nuestra sino que es él quien nos escogió y nos da su Espíritu para habilitarnos a proseguir su camino. Eso es de todo cristiano. Y para todos la invitación es total y completa. Todos somos llamados a la santidad. En el cristianismo no hay vocaciones de tropa y vocaciones de selectos. Pero cada quien es llamado a la santidad según su vocación.

No era así en el mundo en que nacimos gran parte de nosotros. Ser cristiano era prácticamente de todos los ciudadanos. Eramos cristianos, casi que por nacimiento, ya que serlo formaba parte de la primera socialización. Luego uno podía elegir quedarse como simple cristia-

no o dar un paso más y hacerse religioso. Claro está que todos sabíamos que en el mundo había buenos cristianos (y la prueba más cercana estaba con frecuencia en nuestras mismas familias y nuestro entorno); pero queda el hecho de que a nosotros nos plantearon la vida religiosa como un no conformarse y un ir más allá.

Hoy que cada vez más vivir como cristiano (y para las nuevas generaciones) incluso serlo es algo voluntario (como lo fue al principio del cristianismo), estamos redescubriendo la densidad de cada vocación. Y por eso la vocación religiosa no es ya el ideal espiritual de todos, que sólo es dado vivir a algunos, sino una vocación particular en el pueblo de Dios, que ha de ser vivida, como las demás, con toda radicalidad, pero sin el tufillo farisaico de la superioridad de antaño y también sin el complejo de algunos años postconciliares en los que pareció a algunos que sin esa aureola la vida religiosa se había devaluado y no sólo no merecía la pena sino que incluso no se sabía en qué consistía, si no era ya servir de ejemplo a los demás cristianos. ¿En qué consiste, pues, esta vocación particular a la vida religiosa, a la que hemos sido llamados?

2. DARLO TODO Y SEGUIR A JESUS

La vida religiosa comienza (y recomienza siempre de nuevo) con la escucha de la invitación de Jesús a vender lo que se posee y darlo a los pobres y, saliendo de esa cotidianidad, irse a seguir a Jesús. Seguir a Jesús significa aquí estar con él como discípulo y acompañarlo en su misión. Lo característico de la vida religiosa es la literalidad con que se entiende y practica esta invitación de Jesús, que entraña, en efecto, una salida de la trama social, ya que ésta se construye y mantiene en las relaciones económicas y sociales y en las construcciones simbólicas, ideológicas y comunicacionales.

Todo esto es lo que se deja para seguir a Jesús. Otros cristianos son llamados a seguirlo en ella, como aconteció ya en el propio tiempo de Jesús.

3. POBREZA DE ESPIRITU, POBREZA CON ESPIRITU Y SOLIDARIDAD CON LOS POBRES

El comienzo de la vocación religiosa es, pues, dejar lo que se tiene. Este impulso radical de ningún modo se equipara a no tener nada en propiedad particular, pero poder disponer de lo que tiene la comunidad. No se trata de ser privados de los agobios que da el adquirir y el conservar (la «aurea mediocritas», que declan los antiguos) para vacar a lo divino. Se trata de una pobreza efectiva para apoyarse sólo en Dios y por esa fe desnuda ser libre para dedicarse, digamos que profesionalmente, al discipulado y a la misión.

Si el religioso no elige ser pobre, anda dividido. No sólo en cuanto al tiempo y a las preocupaciones sino en su corazón, porque a él, precisamente a él, se le ha pedido dejarlo todo para seguir a Jesús. Cuando la vida consagrada cede en este punto puede llegar a ser eficaz e importante; pero es sal que ha perdido el sabor; y un indicio de que no va por buen camino es la falta de alegría.

Hoy es claro que no es posible ser pobre (y ni siquiera pensable) sino desde la solidaridad con los pobres. No es que la solidaridad con los pobres sustituya a la pobreza con Espíritu sino que esta pobreza evangélica conduce a esa solidaridad y en ella se alimenta, cobra sentido y llega a ser fecunda.

Hay, pues, tres dimensiones que se realimentan entre sí: la pobreza espiritual («infancia espiritual» en los términos de Santa Teresita), la pobreza con Espíritu y la solidaridad con los pobres. Sólo desde la pobreza espiritual se puede entrar al mundo de los pobres y solidarizarse con ellos. Pero para el religioso la pobreza es el camino que conduce a los sinsabores y humillaciones que, vividos con Espíritu, engendran humildad. Pero eso sucede siempre y cuando la pobreza sea la de los pobres, es decir la participación de su mundo; ya que si se trata de una pobreza privada es fuente más bien de prestigio.

Para el religioso dejar lo que se tiene no es un simple prerequisite sino su

modo de seguir a Jesús. La vida consagrada es un seguimiento en pobreza. Y este modo de seguir tiene un sentido místico: se trata de parecerse a Jesús, de identificarse con él, que nació en un pesebre y murió desnudo en la cruz, que advierte a quien le propone un seguimiento incondicional que él no tiene donde reclinar la cabeza y que envía a sus apóstoles y discípulos a misionar en pobreza: no lleven nada por el camino, entren adonde los reciban y coman lo que les den.

El religioso sigue a Jesús pobre. Y por eso quiere ser pobre con la pobreza de Jesús, que no fue la de los ascetas (como Juan Bautista «que no comía ni bebía») ni la de los despreciadores del cuerpo sino la del que vive entregado a su misión sabiendo que su Padre sabe que es un ser de necesidades y no lo dejará morir; pero pagando el precio de esta fe que no es un talismán ni una póliza de seguros sino que deja a Dios ser Dios, y así sufre estrecheces y recibe alegrías con la misma libertad.

La misión de Jesús tiene por destinatarios privilegiados a los pobres y así se realiza en gran parte como huésped de ellos. Jesús fue un huésped respetado y amado entrañablemente como portador de la salvación de Dios, pero de su misma condición y con su misma figura, que no aspira a puestos de honor ni privilegios. Esa contemplación de Jesús es, pues, fuente de solidaridad con los pobres. Y es precisamente este Jesús pobre y solidario de los pobres el que puede presentarse ante ellos como una persona sencilla,

que tiene un corazón humilde.

4. RENUNCIA PARA DEDICARSE A LO ÚNICO NECESARIO

El religioso está absorbido por la ocupación de ser discípulo. Del mismo modo que los discípulos de Jesús pasaban buena parte de su tiempo escuchando al Maestro, preguntándolo y tratando de transformar todo lo que en su interior o en sus relaciones se oponía a este camino, así los religiosos dedican un tiempo denso a la contemplación de Jesús, a la oración de Dios, al examen de su vida, a los ejercicios ascéticos... es decir a buscar que su reinado acontezca en ellos, a dejarse modelar por el Espíritu de modo que vayan siendo Hijos del Reino.

Esta dedicación a estar con Jesús, es decir al discipulado no es un camino de ensimismamiento sino que está ordenada a la misión (eso incluso en la vida consagrada de la más estricta clausura). Y también la misión se realiza como ocupación central de la vida, es decir como ocupación directa, expresa, como profesión, digamos, que es fuente incluso de identidad social.

La pobreza y no la sólida instalación en el orden establecido es la que posibilita liberarse para el discipulado-misión de un modo realmente carismático, es decir trascendente a la prudencia y cálculo meramente humanos. Pero es la castidad por el Reino la que logra de un modo positivo esta unificación de todas las energías vitales para «lo único necesario». La

castidad implica una renuncia dolorosa que se experimenta como debilidad y soledad. Pero si se vive lealmente, esta disminución o sacrificio («eunuco») no genera en castración (aprovechada como eficiencia) sino que es el precio de la consagración que constituye al religioso en un varón (o mujer) de Dios, no sólo existencialmente (como debe serlo todo cristiano) sino hasta en su identidad social. Esta consagración a Dios, por las características de Dios, tal como se ha revelado en Jesús, es una consagración a amarlo, una consagración al amor. Por eso en el cristianismo la castidad consagrada es un camino de amor. Y sin este ejercicio positivo nada vale la renuncia, más aún es despreciable. El religioso que vive este amor proclama que «solo Dios basta».

5. LA CASTIDAD COMO UN CAMINO DE AMOR

Pero el Dios de Jesús no es un Dios elitista que se complace en separar de la gente vulgar a algunos escogidos para solazarse con ellos. Es el Padre de todos, el salvador del mundo. Por eso el religioso, desde la libertad que le da el ser de Dios, se dedica a amar a todos con el mismo amor con que es amado. Así lo hizo Jesús, que como era el Hijo se hizo Hermano de todos y especialmente se aproximó a los necesitados para darles vida y a los pecadores para ofrecerles con el perdón la vida misma de Dios. Ese es también el contenido de la misión del religioso. Y cualquier dedicación profesional o de otra índole sólo se justifica en cuanto sea expresión de este amor que Dios ha derramado en Jesús. Y ninguna ocupación lo es automáticamente y por eso todas han de ser discernidas con el criterio de este amor fraterno misericordioso. Por él, el religioso que es hombre de Dios (varón de Dios o mujer de Dios) es también hermano(a) universal. Pero como lo es en Jesús, lo es desde el amor preferencial a los empobrecidos, a los sobreexplotados y abandonados y a los despreciados como pecadores.

Las renunciaciones de la pobreza y la castidad dan libertad y crean espacio para la dedicación, digamos profesional, a ser hermanos como consagrados al Padre común y seguidores del Hijo único, que es ya para siempre el Hermano mayor y por eso el servidor de todos.



6. COMUNIDAD DE HERMANOS PARA CREAR FRATERNIDAD

El religioso ha sido llamado personalmente. El es quien debe dejarlo todo e iniciarse en ese camino de amor crucificado. Pero el llamamiento de Jesús al seguimiento es llamamiento a entrar en el grupo de Jesús. Así la vocación es en sí misma convocación. Esto es así para todo cristiano y gracias a Dios lo vamos redescubriendo con mucha alegría. Pero la vida consagrada lo es reduplicativamente en cuanto que el seguidor de Jesús es también seguidor de un seguidor de Jesús (el fundador) que, precisamente como parte de su seguimiento, lo ha seguido en un grupo de hermanos movidos por un mismo espíritu (el carisma fundacional). Así pues el carisma fundacional tiene dos aspectos: uno mira al contenido, que es un estilo concreto de seguir a Jesús, y el otro, al modo fraterno de seguirlo, que es en comunidad, entendida también ésta según el estilo particular del seguimiento.

Según esto la comunidad en la vida consagrada no es un medio sino que, se entienda como se entienda, pertenece a su núcleo constitutivo. Esta vida en común de los llamados personalmente al seguimiento, como ha de realizarse al modo de Jesús, no puede ser meramente un equipo de trabajo sino que ha de constituirse en fraternidad. La vida regulada no es sin más fraternidad religiosa. Como no lo es tampoco la proximidad que se engendra al vivir juntos en una casa pequeña. Ni la camaradería que nace al llevar juntos una misma empresa.

Sin la realización efectiva de la pobreza y la castidad no cabe en la vida consagrada vida comunitaria. Si esa realización en la práctica se limita únicamente a no trasgredir la materialidad de los votos, la vida comunitaria sólo será estable en cuanto sea confortable y tenga como lazos de unión una cultura compartida y afinidades personales. Pero ésta no será ya la fraternidad de los convocados por Jesús sino una comunidad de carne y sangre.

La comunidad es, así, punto de partida en cuanto que la vocación por la que se accede a la vida consagrada es ya convocación, pero es proyecto y punto de llegada en cuanto que está basada en la conversión, en el paso incesante de la carne y sangre al discipulado-misión. La comu-

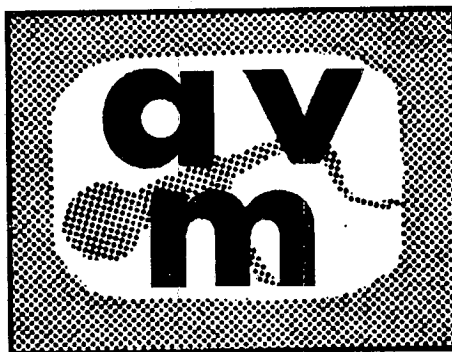
nidad se va haciendo en la participación en el carisma fundacional por el que cada quien tiende con el mismo espíritu al mismo fin. Este fin no es otro que el seguimiento de Jesús y la participación de su misión con un énfasis determinado. Que siempre incluye el coadyuvar al establecimiento del mundo fraterno de los hijos de Dios. Por eso una prueba de la calidad evangélica de la comunidad religiosa es su capacidad de crear fraternidades cristianas, sobre todo, siguiendo a Jesús pobre, entre los pobres. Y a su vez la participación en estas comunidades favorece la vivencia comunitaria interna.

7. OBEDIENCIA A TRAVÉS DEL DISCERNIMIENTO

De todos modos, si la comunidad es un proceso constante, nada sustituye al discernimiento como el mecanismo más genuino de construirse. El discernimiento es el modo de hacer verdad la obediencia al Espíritu. Se basa en la ecuación del seguimiento: Jesús es a su época, como el fundador a la suya, como noso-

tros a la nuestra. Como varían lugares y tiempo, la fidelidad no puede ser sino creativa; pero la creación a su vez tiene que ser fiel. Por eso la necesidad del discernimiento como última concreción de la obediencia al llamado, que como dijimos, es convocación.

La obediencia, que es irrenunciablemente personal, se realiza en la comunidad, en la que el superior tiene un papel imprescindible, pero que no la sustituye, como tampoco la comunidad sustituye a la congregación, ni ésta a la Iglesia. Si todo cristiano se realiza como persona cuando escucha la palabra de Dios y la pone en práctica, en la vida consagrada esta obediencia primordial queda, pues, mediada por la comunidad cristiana apostólica y más particularmente por la comunidad doméstica de religiosos. Esta mediación no es el peaje que se tiene que pagar para tener derecho a disfrutar de las ventajas de la institución congregacional. No hay genuina obediencia si es sentida como una instancia externa y no como el camino de personalización propio de su vocación. Pero esta experiencia sólo acontece en el discernimiento.



Audio-Video Misión

Av. Varsovia.

La California Sur.

Caracas

Teléfono 22 72 54

Fax 22 42 46

**Conversiones
electrónicas
de video
europeos
y viceversa**

**Copiados y pases
de U-Matic, Beta
y VHS**